

La post-modernidad, posición que integra una gran diversidad de enfoques y actitudes, ha destacado, en algunas de sus vertientes, las ideas relativistas de que "todo vale" y de que la ciencia es equiparable a la religión, a la mitología o a la ficción. Se pretende, desde un punto de vista *científico* y desde las posiciones más radicales y extremistas, desconstruir las metas generales de la ciencia, redefinir en la epistemología el papel del sujeto y del objeto y, apoyándose en una crítica a los procedimientos de evaluación y de contrastación, ¡demostrar que la ciencia no sirve para nada! Esta situación ha generado, como respuesta, otros mitos: el del fin de la historia, el del fin de la ciencia, el del fin de los grandes programas de investigación.

Es claro que esto no es más que una reacción a un reduccionismo generalizado que imperó durante mucho tiempo en la actividad científica (y que por desgracia aun predomina en algunos medios académicos), en el que todos los procesos se veían de manera aislada, inconexa y susceptibles de explicar por una simple relación lineal de causa-efecto, con un orden necesario de lo simple a lo complejo: se ocultaban las anomalías, se obviaban los problemas y los éxitos explicativos y predictivos se festejaban a tal grado que se pensó que el conocimiento "objetivo" sustituiría rápidamente a la "conciencia subjetiva", a la "seudoconcreción". Inmersa en una concepción modernista, la ciencia se sacralizó y el conocimiento científico se convirtió en dogma. Por su parte, los académicos se dividieron en dos grandes bloques: por un lado, aquellos más próximos a la "verdad", los teóricos, no permitían contaminar sus ideas con la práctica y, por el otro, los empíricos, "desprejuiciados", "objetivos", se sentaron a esperar que los datos hablaran por sí mismos. Las ciencias sociales, entre ellas la arqueología, no fueron ajenas a estas posiciones y se han visto obligadas a repensarse, a reflexionar sobre sus metas, sobre su capacidad explicativa, sobre sus objetivos de conocimiento y sobre el sentido mismo de su actividad. Han emergido posiciones agnósticas en torno a la historia, se han propuesto tesis reduccionistas y se ha señalado la idea de que el conocimiento del pasado sólo puede evaluarse políticamente.

En el caso concreto de nuestra disciplina, unos cuantos investigadores optaron por continuar en la búsqueda de explicaciones y adecuar las teorías a las nuevas situaciones de la ciencia; otros decidieron el regreso a una versión moderna del particularismo, al agnosticismo y al empirismo descriptivo y un último grupo abrazó una gran cantidad de las ideas postmodernas, con todas sus variantes posibles: a fin de cuentas, en este amplio mundo de la arqueología, hay lugar para todas las opciones, para la "feminista", para la subdesarrollada, para la latinoamericana, para la tercermundista, para los que nunca han podido expresarse ¡incluidos los marxistas! ¿Tiene usted alguna idea nueva? No se preocupe, es bienvenida, los datos son lo de menos. ¿No cree en las leyes generales? No hay problema, las semillas del Medio Oriente son distintas a las de Mesoamérica; el surgimiento del Estado en un lugar implicó el complejo almacén-templo-palacio, mientras que en otros lados no hay la menor evidencia de esta relación, así que es imposible pensar en explicaciones procesuales de tipo general.

En México, sin embargo, a pesar de todo este revuelo mundial en la ciencia y en la arqueología, estas reflexiones han pasado de lado para muchos investigadores. Es necesario recordar que la arqueología mexicana tuvo un papel relevante durante la hegemonía del particularismo histórico y que, ante la crisis de esta posición teórica hace cerca de treinta años, fueron muy pocos los académicos que estuvieron actualizados en los desarrollos alternativos de las teorías, la metodología, las estrategias de investigación y aun en las técnicas. Los resultados saltan a la vista, mientras la "escuela mexicana de arqueología" ligada con las "necesidades de Estado", reproducía un conocimiento viejo, agregando casos nuevos a las secuencias cronológicas ya establecidas y reconstruyendo pirámides y monumentos, las búsquedas explicativas estaban generadas por la investigación extranjera, especialmente la norteamericana.

Resulta claro que los esfuerzos para generar reinterpretaciones sobre el conocimiento del México prehispánico ahora son mayores, pues el alejamiento intelectual de la profesión favorece, en la práctica el nivel empírico, la obtención de "datos", más que los resultados publicados o la originalidad de las interpretaciones. En ese contexto, algunos arqueólogos se han preocupado por lograr nuevos conocimientos, evaluando y analizando críticamente lo ya conocido. Los ensayos que presentamos aquí son un ejemplo de la búsqueda intelectual de los arqueólogos mexicanos que, de manera específica se enfocan hacia algunos problemas interpretativos del Centro de México, desde el origen de la agricultura vista desde un planteamiento co-evolutivo hasta los problemas teóricos que supone el entendimiento del desarrollo de los grupos llamados "coyotlatelco". Se incluyen, también, dos trabajos, uno que realiza una propuesta metodológica para el conocimiento de los pueblos sin historia, y otro que establece los fundamentos para reinterpretar la estratigrafía de la pirámide de Cuicuilco.

Confiamos que esta publicación sea un medio para revitalizar la polémica intelectual y para estimular a los arqueólogos a la búsqueda de reinterpretaciones teóricamente fundamentadas del pasado prehispánico de México.

Fernando López Aguilar